

RECENSIONES

RICHARD S. NEWELL: *The Politics of Afghanistan*. Cornell University Press, Londres, 1972, 236 pp.

El reino de Afghanistan es, sin duda, uno de los más sólidos y firmes Estados existentes en los espacios asiáticos del Cercano Oriente. Físicamente ocupa una posición que es, a la vez, de encrucijada abierta al paso y de ciudadela adversa a toda ocupación. De hecho, Afghanistan ha sido el único país de aquel sector mundial que conservó siempre su independencia, gracias a unos tenaces empeños ininterrumpidos hasta nuestros días. Sin embargo, pocas veces se trata del Afghanistan en la mayor parte de la prensa europea. Parece posible que en esto influya la situación cerradamente continental del territorio afgán, al cual casi sólo llegan como comunicaciones directas las aéreas. Y cuando casualmente los afganos vienen a la actualidad, no es raro que se les imagine novelescamente como un conjunto pintoresco de montañeses guerrilleros. En realidad, siempre hay allí montañas y tribus, pero desde 1933 el Afghanistan viene entregado a una labor modernizadora algo lenta, pero continua.

Un libro británico actual, en el cual se hace una introducción bastante cuidada, es el de Richard S. Newell. Su contenido abarca los más salientes rasgos geográficos, históricos, económicos y, sobre todo, los referentes a los empeños de orientación política, tanto nacional como internacional. La parte más floja es la que se refiere a lo económico, porque muchos datos se han quedado antiguos y han sido superados. En cambio, en lo político interno se trata muy detalladamente de la trayectoria de las reformas y mejoras en las instituciones afganas, desde la implantación de la Constitución en 1964, hasta los reajustes de algunos organismos locales operados en 1971.

Dicha Constitución, proclamada en septiembre de 1964, no fue puesta en vigor hasta octubre de 1965. Su redacción, aprobación, proclamación e implantación no fue sólo una reforma esencial legislativa de carácter nacional, sino que, de hecho, resultó algo que ha cambiado totalmente la estructura del país y ha marcado una nueva etapa de su historia.

El antiguo Afghanistan había sido regido durante siglos por medio de un sistema mitad patriarcal y mitad feudal. Había unas grandes tribus organizadas como clanes de carácter hereditario e igualitario, pero técnicamente dichas tribus eran dirigidas por familias de «notables». Los cambios forzosos que llegaron a todo el lado asiático del Cercano Oriente después de la I Guerra Mundial, y luego el ejemplo directo de lo que en Turquía hizo Kemal Atatürk adoptando normas de Europa occidental, provocaron las modernizaciones (prematuras y algo atolondradas) del rey Amalul-lah.

Dicho rey implantó, en 1923, una Constitución emanada directamente de la Corona. Se creó una Cámara de Diputados elegidos, pero también un Senado, cuyos miembros eran nombrados por el rey.

Después cayó Amalul-lah, por haber exagerado el ritmo de las reformas. Hubo incidentes violentos hasta que al fin, al subir al trono en 1933, el actual soberano, Mohammed Zahir, éste implantó un ritmo más gradual y más evolutivo de la modernización; ; ritmo según el cual se respetaba el fondo de las normas tradicionales, pero se las sometía a la técnica moderna. Además, se iba formando poco a poco una *élite* administrativa de universitarios. La Constitución seguía siendo la de 1923, y se mantenía el uso de que los cargos de ministros, gobernadores y otros altos dignatarios sólo eran desempeñados por miembros de la familia real. Hasta que en marzo de 1963 fue nombrado por primera vez un presidente del Consejo no dinástico. O sea, el Ustaz Mohammed Yussuf, formado en universidades alemanas. El fue quien hizo que una comisión experta diese forma a la actual Constitución, cuya flexibilidad ha favorecido la impulsión posterior de las planificaciones económicas y las mejoras sociales.

El libro de Richard S. Newell subraya el hecho de que dicha Constitución es la que ha permitido la elevación del Estado y el pueblo afghanos, dentro de su Oriente, y precisamente las páginas en que trata de ello constituyen el sector más destacado de la obra. Siempre con un empeño claramente (y hasta un poco exageradamente) optimista, respecto a los efectos de dicha Constitución. De todos modos, no puede negarse que (según otros testimonios más directos que el de Richard S. Newell) desde que el actual sistema institucional afgán fue implantado, aquello permitió que los gobernantes afghanos hayan podido establecer y desarrollar una política internacional de cuidado equilibrio, entre las grandes potencias mundiales, y los sectores de poderes regionales en el referido Cercano Oriente.

En realidad, ya en agosto del citado 1964 (o sea, un mes antes de que se implantase el actual sistema constitucional e institucional) el rey Zahir Shah, en un discurso pronunciado el Día de la Independencia, dijo que su país se apoyaba, «ante todo y sobre todo, en el estilo de universalidad dentro de las Naciones Unidas y según las normas de la Conferencia de países neutros». Después, en Kabul, se ha venido entendiendo la neutralidad como unos lazos simultáneos y equilibrados con las potencias mayores. El rey ha estado varias veces en Washington, en Moscú, etc. Jrushev, Breznev y Kosyguin estuvieron en Kabul; lo mismo que Eisenhower. Por otra parte, el rey afgán ha mantenido estrechos contactos con Gran Bretaña, coopera regionalmente con el Pakistán y asistió a la Conferencia de Estados Islámicos en Rabat.

Un aspecto importante de las orientaciones internacionales afghanas es el de que por arriba hay un punto donde sus fronteras coinciden con bordes soviéticos y de China, a la vez. Por el Sur, la influencia estadounidense predomina entre los gobernantes pakistanos. Afghanistan busca toda clase de vínculos con fuerzas más o menos compenadoras, como las de los países europeos occidentales y centrales. Por ello favorece las amistades con Francia, Inglaterra y Alemania Federal, procurando además desarrollar el comercio con ellas y facilitar las inversiones de capitales europeos para la planificación afghana.

Richard S. Newell hace constar, respecto a dicha planificación (en la parte final de su libro), que el mayor empeño de los gobernantes de Kabul, respecto a la utilización

RECENSIONES

de los nuevos capitales procedentes de inversiones extranjeras, es que se utilicen para beneficio del pueblo en general. Así se han hecho enormes progresos en sanidad; difusión de la enseñanza en lenguas europeas occidentales, en persa y en el idioma nacional (el pughtu), así como en política de la vivienda, mejoras de la producción agrícola y del nivel de vida rural, etc. En general, se trata de que las masas del pueblo afgán vayan adquiriendo lentamente una experiencia propia. en vez de dejarse impulsar por todos los modelos extranjeros.

Esto explica que dentro de las instituciones constitucionales actuales coexistan rasgos de aire anglosajón con otros de islamismo consuetudinario local. Junto a las dos Cámaras parlamentarias, que funcionan un poco a lo britanizante, actúa una llamada «Gran Asamblea» (*Loe Yirga*), que es convocada en casos graves o solemnes. La componen, junto con el total de los parlamentarios, los jefes de las tribus, los altos cargos palatinos y militares y algunos representantes religiosos. Así, el pasado feudalismo se articula unitariamente a la escala de la nación.

RODOLFO GIL BENUMEYA

PIERRE M. GALLOIS: *Paradojas de la paz*. Editora Nacional, Madrid, 1973. 315 pp.

Lo mismo las relaciones internacionales como disciplina que la estrategia nuclear como especialidad parecen ser monopolio de los anglosajones, en su vertiente básica estadounidense. Los franceses cuentan con algunas personalidades en la cuestión. Una de ellas, general de brigada de Aviación, en situación de retirado, es el autor de esta magnífica obra, como lo ha sido de otras y de innumerables artículos. España, que comienza a asomarse a estos asuntos, lo ha tenido en cuenta y ha procedido a la traducción de una obra que se terminó en marzo de 1967. Y un retraso de seis años en estas materias es crucial. Y, sin embargo, tiene la gran ventaja de poder contrastar lo que se dice y lo que se anuncia con lo que ha ocurrido. Y al general Gallois le sobra razón, si bien es discutible alguno de sus puntos, que incluso va más allá que su colega el general Beaufre, a quien, pese a una superior jerarquía, no se arredrará en enmendarle la plana.

Esta obra es informativa para el que parte de cero, pero también es inquietante para el que parte de bastante arriba. Gallois no es hombre que se inmute o que se muerda la lengua. Y desde luego denuncia la inmensa ignorancia en estas cuestiones de personas que son portavoces de soluciones (Lecanuet, por ejemplo). El factor nuclear y la tecnología que comporta ha revolucionado tan radicalmente la estrategia, que hoy no se sabe si en relaciones internacionales, incluso entre aliados, lo militar prima sobre todo lo demás (incluyendo lo económico) o es todo lo demás lo que modela lo militar.

Una cosa es cierta: el átomo, para quien lo alcance (potencias medias en adelante), es un factor de igualación entre las potencias, al menos mientras no llega la guerra. Tal es la base de las fuerzas que más que de *frappe* son de disuasión: más que pretender hacer la guerra con éxito, tratan de evitarla desde el principio.

Lo que en realidad se plantea, y que definitiva y oficialmente Washington ha lanzado ya a sus aliados europeos (y japonés), es la desigual asociación Europa-USA: la primera, dispersa y sin armas nucleares (aparte ingleses y franceses, en grado mínimamente disuasor en el mejor de los casos), y los segundos, con el monopolio occidental, y del cual dependen la masa de sus asociados. Cuando con McNamara comenzó a hablarse de «respuesta flexible» o «graduada», en vez de «respuesta masiva» a lo Dulles, quería decirse, y oficialmente se dice, que un choque en Europa no debería escalar necesariamente a una guerra nuclear, al menos desde el principio, y trascendiendo la geografía de las dos superpotencias si los artefactos nucleares «tácticos» se empleasen. Esto es lo que se llama «guerra limitada». Lo malo es que sólo es limitada para rusos y americanos, pero no para los demás mortales que están afincados en Europa. Y todo gira en torno a esto: definir cuál será el umbral de la nuclearización global.

Siempre se ha creído que las pequeñas fuerzas nacionales de disuasión (ingleses, franceses y chinos) servían a modo de gatillo para obligar a los respectivos aliados con su deber. Gallois dice que no es esto, y que tal significado surgió de mera anécdota. Pero no dice más. En cambio, algún Libro Blanco británico sobre la defensa habla que si una superpotencia se ve bombardeada por artefactos nucleares no podrá leer en el artefacto en cuestión la nacionalidad de origen. Ergo es de la otra superpotencia...

Tampoco aclara Gallois cómo en 1950, con virtual monopolio nuclear americano, estalló, a pesar de todo, la guerra de Corea. Regía *de facto* la represalia masiva, aunque Dulles no la hubiese definido ni estuviese en el poder. Y sin embargo USA tuvo que movilizar, casi fabricar de la nada, fuerzas convencionales. ¿Debió usar la bomba atómica? ¿Contra quién? ¿Contra los satélites coreanos? ¿Y quién empujó a éstos, los rusos o los chinos? Mucho parece que habrían sido los últimos lo que habrían pagado, y sin embargo, para infelicidad de los rusos, parecen ser tan ajenos al fenómeno coreano inicial como lo han sido del vietnamita. Y es que en el fondo nadie reniega de las guerras limitadas. Sólo que el poderío militar las evita en territorio no apto para todos.

TOMÁS MESTRE

ROBERT S. MCNAMARA: *Cien países, dos mil millones de seres*, Editorial Tecnos, Madrid, 1973, 170 pp.

Uno de los temas más profundamente esenciales entre aquellos que destacan en las urgencias de la problemática mundial actual es, sin duda, el de los excesos del desarrollo demográfico. La mayor importancia de la cuestión del crecimiento de la población en la mayor parte de los países y sobre el globo en general no estriba solamente en sus aspectos económicos, sociales, estadísticos y sociológicos, sino que hace una presión constante sobre el conjunto de las relaciones políticas internacionales, trabándolas y dificultándolas. La trayectoria que durante los siglos más recientes y el primer tercio del actual se había venido siguiendo para regular, codificar y, en cierto modo, equilibrar

RECENSIONES

las relaciones generales entre los estados y las naciones, se ha roto después de la II Guerra Mundial, por el ritmo exagerado de los nacimientos y el efecto de este empujón demográfico sobre la presión de las masas.

Parece, desde luego, evidente que una gran parte de los efectos de desconcierto y de freno producidos por el crecimiento numérico humano tiende a ser contenida o encauzada, por medio del apoyo de los países más ricos e internacionalizados, a las naciones en trance de desarrollo del llamado o apodado «Tercer Mundo». E incluso puede afirmarse que la naturaleza de la vida internacional durante el resto del siglo corriente y el siglo próximo dependerán en gran medida del éxito del esfuerzo en pro del desarrollo.

Sin embargo, hasta ahora ha venido imperando un factor de desorientación. Una medida que impide una atención mayor y más realista al proceso de desarrollo es que, tradicionalmente, el progreso se ha medido en términos de estadísticas económicas globales. Pero aunque dichas estadísticas globales sean útiles y necesarias para la aportación de datos primarios, también es cierto que en muchas ocasiones oscurecen la esencia del problema. La verdad principal es que la cuestión del desarrollo consiste, ante todo, en la gente, en las personas. La norma para medir el éxito o el fracaso de los apoyos para el desarrollo de los pueblos más o menos marginados depende de su contribución al enaltecimiento de la vida de los seres humanos.

Este viene a ser el pensamiento y el objetivo que determinan, en primer lugar, al libro de Robert S. McNamara, cuya versión en lengua española se titula *Cien países, dos mil millones de seres*. Lleva, además, como subtítulo, el de «La dimensión del desarrollo», para apoyar una evidencia fundamental. Es la de que las excesivas tasas de crecimiento demográfico contribuyen hoy a una grave subalimentación y a un crónico desempleo en lo urbano y lo rural. Robert S. McNamara opina que tomará décadas de esfuerzos el poder llevar el crecimiento de la población y el crecimiento económico hasta un equilibrio razonable. Y que en el intervalo es indispensable trazar nuevos planes estratégicos para combatir directamente la subalimentación y el desempleo.

Para McNamara, la cuestión crucial respecto a la naturaleza del problema internacional de los países en trance de desarrollo no es la de las tasas del crecimiento, sino la naturaleza de dicho crecimiento. Argumenta que en los esfuerzos realizados para conseguir un rápido progreso económico se queda rezagada la mayor parte de la población de dichos países. Y no basta con que los respectivos gobiernos planifiquen sus políticas de desarrollo, sino que deben estar dispuestos a dar una prioridad muy alta a resolver las necesidades humanas básicas, como las de nutrición, salud, vivienda, empleo y educación.

Para determinar el conjunto completo de las necesidades del desarrollo en los países marginados, McNamara proclama que es esencial admitir el hecho de que el problema de la población mundial debe encararse abiertamente. Que ha de considerarse como el mayor obstáculo para el progreso económico y social de la mayoría de los pueblos y de toda la coexistencia internacional. Así, el primer paso para disipar los malentendidos debe ser reconocer los costosos y acuciantes peligros que acarrea el aplazamiento de medidas apropiadas a escala mundial.

Una de las circunstancias negativas que ahora predominan es la de que el progreso económico de los países en vías de desarrollo precisa de divisas en un volumen muy

RECENSIONES

superior al que disponen actualmente. Las cifras modestas de la ayuda concesionaria que la ONU fijó en su Segundo Decenio para el Desarrollo indicaban que en 1973 las naciones más prósperas tendrían que aumentar sus ayudas a las naciones marginadas en siete decenios del 1 por 100 de su producto nacional bruto conjunto. Era una cifra de ayuda escasa, pero después ha resultado que sólo se ha llegado a cubrir la mitad de dicha cifra. Al mismo tiempo, las naciones más ricas mantienen las barreras discriminatorias del comercio, las cuales no permiten que las naciones pobres obtengan las divisas necesarias para remediar su endeudamiento y para financiar su expansión. Y como esas naciones poseen las masas más enormes de la humanidad, sus necesidades originan rencores e inestabilidades.

El problema del crecimiento de la población mundial en general destaca en todo esto como el de máxima gravedad, porque dicho crecimiento es el mayor obstáculo que se opone al progreso social y económico de la mayoría de los países y de los pueblos.

Considerando objetivamente dicho crecimiento desmesurado, se subraya el hecho primordial de que todo crecimiento de población se refiere, sobre todo, al exceso de los nacimientos sobre las defunciones. Durante la mayor parte de la historia humana ambos factores se mantuvieron en una armonía relativa, hasta que en el pasado siglo se inició un grave desequilibrio.

En el segundo apartado del libro de McNamara se recuerda el antecedente fundamental de que se necesitaron mil seiscientos años para duplicar unos 250 millones de almas que sumaba la población mundial del siglo I, pero que ahora la cifra ya excesiva de 3.000 millones que suma la población mundial corre el riesgo de duplicarse en treinta y cinco años. Este empujón de la natalidad contribuye al atraso internacional, puesto que, de los referidos 3.000 millones, los dos tercios no pueden llegar a alcanzar un crecimiento económico autosostenido. Los excesos de sus poblaciones les retienen en las garras del hambre, la desnudez, el analfabetismo, una preparación social insuficiente y una carencia de oportunidades que no llegan. Lo más saliente es el hambre. Según afirma el presidente del Banco Mundial, en estos mismos momentos la mitad de la humanidad padece ya de hambre. Si las curvas del crecimiento siguen elevándose con el mismo ritmo, esto puede dar origen a odios, explosiones de rebeliones y conflictos bélicos de amplios fondos raciales (sobre todo, respecto a zonas del «Tercer Mundo»).

McNamara señala que la separación actual entre las naciones ricas y las pobres ya no es una mera diferencia, sino un abismo. Hay algunas naciones del Occidente atlántico que disfrutan ingresos anuales per cápita de 3.000 a 5.000 dólares. En cambio, muchas naciones de Asia y Africa luchan por sobrevivir con ingresos per cápita inferiores a una equivalencia de 100 dólares. Y lo más grave es que no se trata de una miseria estática, fijada sobre esos límites reducidos, sino de una miseria dinámica que empeora día por día, porque la va ahondando el mismo crecimiento demográfico.

Como, por otra parte, muchos de los países y los pueblos en trance de desarrollo han sido territorios colonizados por países de normas europeas, o sometidos a influencias colonizadoras diversas, el empeoramiento de sus condiciones vitales, después de haber obtenido sus independencias, tiende a desarrollar sentimientos de *xenofobia* hacia sus antiguos colonizadores y hacia las demás naciones consideradas «como ricas».

RECENSIONES

Tanto para esas naciones de desarrollo privilegiado como para los jóvenes estados más atrasados, es urgente desprenderse del prejuicio erróneo de que de algún modo «tener más habitantes significa mayor riqueza». Robert S. McNamara explica cómo este sofisma es grato para los países que sostienen símbolos engañosos de potencia nacional, considerando que garantiza un establecimiento militar más poderoso, un mercado interno económicamente ventajoso, una mano de obra barata y un prestigioso sitio político en la comunidad de naciones. Pero, generalmente, los crecimientos demográficos constantes exigen contingentes de mejoras que llegan a no poder pagarse, y acaban por desarticularse entre la rebelión y el descontento.

Así, pues, los grandes problemas generales del desarrollo y las causas que lo traban y retrasan no pueden resolverse por parte de los países sueltos, sino mediante una mayor articulación de los planes mundiales de auxilio mutuo. El gobernador del Banco Mundial, resumiendo los objetivos del I Plan Quinquenal de Ayudas Globales, desarrollado entre 1968 y 1973, señala que se propuso como meta general la de duplicar el nivel de las operaciones de ayuda a los procesos de desarrollo, sobre todo encaminadas al bienestar humano. También se ha establecido el Departamento de Proyectos de Población, emprendiendo iniciativas importantes en este sector, sobre todo los apoyos a la India e Indonesia para encauzar sus crecimientos humanos.

En todo caso, como conclusión final, se subraya la necesidad de que los programas de ayuda de la ONU alcancen un mayor nivel de operaciones para la protección a los pueblos más afectados por el doble impacto del subdesarrollo y de un desarrollo sin control.

RODOLFO GIL BENUMEYA

HORACE B. DAVIS: *Nacionalismo y socialismo*, Ediciones Península, Barcelona, 1972, 287 pp.

En un principio, nos encontramos ante una serie de teorías llamadas marxistas (y «laboristas») sobre el nacionalismo hasta 1917. Cada autor tiene plena libertad para expresar sus puntos de vista al respecto, sólo que una opinión no es, necesariamente, un argumento científico. Sobre todo en aquellos países en que se pretende identificar a la nación con la patria, y viceversa. Entonces, incluso donde no puede haber tal identificación, los resultados políticos son desastrosos. El Occidente no ha comprendido aún esta realidad, creyendo que con simplificaciones sofisticadas el mundo entero caerá en sus brazos; mientras tanto, los estados del «Tercer Mundo» avisan..., en el sentido de que simplificaciones o generalizaciones pueden traer consecuencias muy graves precisamente para el Occidente. «Occidente» quiere decir que unos cuantos países del continente europeo son los únicos que pueden enseñar a los demás pueblos lo que en su tiempo no consiguieron enseñar a título de «potencias civilizadoras». Por esta razón, y hasta cierto punto, es comprensible la reacción de Marx y sus sucesores en relación con el derecho de autodeterminación de pueblos. Repetimos «hasta cierto punto»... porque el marxismo, en vez de resolver el problema de nacionalidades, naciones y pueblos o tribus, lo ha complicado aún más de lo previsto. Seguramente

será la culpa del año 1789, y con razón. El hombre no es como un ser dispuesto a poner en práctica la retórica sobre la igualdad o fraternidad; al revés, siempre estará conforme con sus propias contradicciones, sean de carácter espiritual o material. Para ello habrá inventado un orden jurídico—desde Grecia y Roma—para protegerse de posibles consecuencias morales... Por tanto, el nacionalismo «occidental» es igual al «patriotismo», al cristianismo, a la civilización, etc., y, por el contrario, cualquier forma de manifestación nacional de parte de otros pueblos o países es considerada, automáticamente, como fenómeno negativo. Por algo será que el mundo anda como anda... Hay patentes—y nada más, claro está—de exportación. El «ocaso del Occidente» consistiría en enseñarlo todo, pero no aprender nada. Tampoco el marxismo aprendió algo, no resolvió nada, porque el grito de 1789, de 1848, de 1917, etc., no es más que un cuento de hadas. Las realidades son completamente distintas. En la URSS, en Yugoslavia, en Checoslovaquia, en Rumania o Polonia, Bulgaria o Albania, en el Africa Central o Meridional; en la América del Norte, Sur o Central; en la India o en la China continental..., sí, cuesta trabajo recorrer toda la historia con unas pocas frases. El *poder* lo resuelve todo: en la URSS, el problema del nacionalismo «no existe»; simplemente, en virtud del «internacionalismo proletario». «¿Utopía o infantilismo?», pregunta un alumno a su profesor en una Facultad de Ciencias Políticas. «Usted lo sabrá mejor que yo», «¿Por qué?» «Porque usted es veinte años más joven que yo», replica el profesor (?). En efecto, la enseñanza es la base del porvenir de un pueblo, de un país, de una nación, de un continente..., de la llamada fraternidad «internacional», que a la hora de la verdad resulta ser todo menos fraternidad, comprensión, cooperación o colaboración. En vez de fraternidad, entra en acción *xenofobia*. Es porque la *dialéctica* no es sino eso: contradicción, conflictos y más conflictos, estipulados contractualmente entre los grandes a expensas de los pequeños. Ni nacionalismo ni socialismo: el hombre será malo, pero no tan malo...

Los términos «nación», «nacional», «nacionalidad», «nacionalismo», se interpretarán en orden a la libertad de expresión de cada autor. Para uno será un fenómeno positivo (en caso de su país); sin embargo, ya usado, en el sentido destructivo, cuando se trata de otro país. No así cuando no se llega a nada, aunque habrá quien afirme que «el patriotismo y el nacionalismo no implican necesariamente una política hostil para con otras naciones» (Francis W. Coker, por ejemplo); entonces, «si se entiende el patriotismo y el socialismo tal como ordinariamente funcionan en la práctica..., los dos son claramente compatibles el uno con el otro» (COKER: *Patriotisme: Encyclopedía of the Social Sciences*, XII, Nueva York, 1934, p. 28).

Esta publicación ofrece una vista general sobre el problema planteado, y nada más; del nacionalismo al internacionalismo: reconstrucción de la teoría de Hegel; diferencias entre Bakunin y Lassalle, por un lado, y Marx y Engels, por otro; naciones, colonias y clases sociales desde el punto de vista de Marx y Engels; a media vuelta, del internacionalismo al nacionalismo (en Alemania); colonialismo, militarismo, en la Europa Occidental entre 1890 y 1917; el marxismo en la Europa oriental (estados multinacionales); nacionalismo, imperialismo y los movimientos obreros y socialistas en los Estados Unidos; Lenin y su formulación del concepto marxista de la nacionalidad.

Tal como son las cosas, el marxismo vio al nacionalismo a través de sus propios cristales; más tarde se producen cambios, principalmente debido a la puesta en

RECENSIONES

marcha de las ideas de Marx: la realidad no correspondía a la teoría. La nueva insistencia en la autodeterminación fue menos el resultado de una reflexión sobre posiciones básicas que del hecho de reconocer la evolución de los movimientos nacionalistas. La insistencia en la lucha interior de clases, más que en la lucha internacional de clases, fue el resultado del colapso de la Primera Internacional y también de la Segunda. Lenin aplicaría la teoría marxista al imperio multinacional zarista, sin conseguirlo; la práctica se impuso a la teoría. Sólo que la situación cambiaría otra vez, y, hasta nuestros días, los resultados son nulos. Los intentos de volver al marxismo puro han fracasado, tanto en la URSS como en Checoslovaquia, Yugoslavia o China. En realidad, ni Marx ni Engels tuvieron una idea clara del nacionalismo, aún menos en relación con el Centro o el Este europeos. Engels era más alemán que marxista, y Marx, para no comprometerse excesivamente, preferiría ser «ciudadano del universo». Lenin se sentiría más ruso que «proletario internacional». Los internacionalistas marxistas austro-magiarenses hicieron todo lo posible para salvar al imperio de la desintegración. En otras circunstancias, la aceptación del principio de la autodeterminación por los marxistas de la talla de Lenin nunca fue total. Desde el punto de vista de la situación actual —nos referimos al período de los años sesenta y setenta del presente siglo—, Lenin es el promotor de todos los desviacionismos posteriores; sencillamente, porque Lenin defendía al imperialismo ruso (soviético), en nombre del internacionalismo proletario, contra ese «internacionalismo»; y otra vez, los ideólogos moscovitas prefieren a Lenin, y no a Marx, en sus argumentaciones antipolicentristas. Por algo será...

Se afirmará que Bauer y Renner trabajaron arduamente para salvar a Austria-Hungría como «Estado nacional» (= influencia del liberalismo europeo-occidental); eran nacionalistas, pero no chovinistas. Al menos, en aquella época. Se trataría de un nacionalismo cultural, y nada más; con ello el marxismo pretende justificarse ante la historia. Como en este caso: «Mientras Lenin admitía, en teoría, que se daban ciertas situaciones en que la clase obrera no sólo tendría el derecho, sino hasta la obligación, de tomar parte en los movimientos de separación nacional, su actitud en los casos concretos casi siempre era la de hacer desistir a la clase obrera de participar en los movimientos nacionalistas, cuando no en condenar duramente tal participación.» Interesante: en 1914, Lenin recordaría al proletariado su deber «de luchar contra todo nacionalismo, especialmente contra el nacionalismo panruso».

Según las circunstancias, el marxismo leninista bailaba al son de la *balalaika*. Nos atrevemos a asegurar nada concreto; sin embargo, llamaba la atención la última observación que hace el autor en su libro: «La vitalidad de la escuela marxista y su capacidad de sobrevivir los errores que en su tiempo parecía que la arrollarían, permiten pensar que, con ayuda de un análisis marxista correcto, este grandísimo problema puede ser superado, y podrá lograrse que se emplee el nacionalismo para fines útiles y no para destruir la humanidad.»

De nuestra parte, y conociendo los nacionalismos europeos, ahora sí que nos permitimos afirmar que la humanidad sin el nacionalismo como tal perdería la mitad de lo que era y es, en virtud de un organismo profundamente dinámico; por tanto, una integración económica europea ha de llegar, necesariamente, a la integración política, en la cual el nacionalismo debería conservar su calidad de fuerza motriz para con el

paneuropeísmo bien entendido; eso sí que es nuestro lema, y, dentro del mismo, chovinismos de otra clase no tendrían lugar, por lo cual se eliminarían de antemano muchos conflictos «nacionalistas» que, en realidad, no lo son; porque chovinismos lingüísticos, raciales, religiosos, políticos o económicos resultan ser una nefasta herencia del siglo XIX, precisamente en este terreno. Quien hoy día niega que el nacionalismo es un factor destructivo en la política internacional es porque no tiene ni idea de lo que es el nacionalismo, a pesar de sus errores del pasado y del presente. En contra de todas las teorías políticas, derechistas o izquierdistas, etc., es preciso insistir en que toda nación tiene derecho a autodeterminación, y como tal entra, automáticamente, en la gran familia de naciones europeas (y fuera de Europa) en forma de su propio Estado, que, sólo en éste y tal caso, sería un estado nacional en el seno de una comunidad internacional, auténticamente internacional—y no interestatal—, expresión ésta que, en vez de aclarar, lo confunde todo. En la URSS, en China o Vietnam, Indonesia, Yugoslavia o Checoslovaquia, etc. La historia ha de enseñar y no destruir las realidades.

La presente obra es muy instructiva en cuanto a la controversia «nacionalismo-internacionalismo»; el lector tiene a su disposición un instrumento que, manejándolo bien, puede llegar a conclusiones positivas.

S. GLEJDURA

JEAN MARABINI: *Mao y sus herederos*, Organización Sala Editorial, Madrid, 1972, 207 pp.

La figura de Mao Tse-tung sigue suscitando la más extraña bibliografía y, sobre todo, recaba de manera radical la atención de los estudiosos ubicados en las más dispares partes del mundo. Justamente—se nos dice en el prólogo del libro que suscita el presente comentario—, Mao es admirado ahora por periodistas y escritores que se inclinan ante la imagen misma del conocimiento y del poder. Al mismo tiempo es Homero, San Agustín, Stalin y Napoleón. Aún más, es el Hijo del Cielo y la sabiduría descendida sobre la Tierra. Mao, en efecto—y ésta nos parece la mejor definición que sobre el mismo se puede ofrecer—, es un mito enraizado. Su vida y su pensamiento nos da la impresión de ser una especie de encrucijada difícilmente explicable. El caudillo antaño, como hemos dicho, legendario, fuerte e invencible, es ahora un anciano de quien, a pesar de todo, depende aún el futuro de millones de hombres. El mito de Mao, en todo caso, ya no reviste la brillantez de los viejos tiempos. Ya se habla, ya se insiste y ya se desea su pronta sucesión: «A los idólatras soñadores, no obstante, Mao, ese enraizado en nuestro siglo, ya no es el verdadero dueño de China, que trata con América, intentando recuperar su fabuloso retraso. Nuevos chinos tienen prisa en revisar su obra y sus concepciones sin decirlo. Puede que estén en su familia o con su gente de casa, ya que una purga implacable ha descartado a sus compañeros políticos de la primera a la última fila. De Liu Shi a Lin Piao, ¿quién queda todavía, a excepción de un hombre de setenta y cuatro años, Chu En-lai, a la sombra de un oscuro ministro de Defensa, Yé Chien-ying?»

La verdad, y acaso esto sea la obra del propio Mao Tse-tung, es que infinidad

RECENSIONES

de políticos chinos se jugarían su vida a una sola carta por intentar sucederle. El chino es, por naturaleza, ambicioso. Ciertamente, desde la antigüedad, la mayoría de los individuos en China dotados de una fuerte ambición han soñado con ser emperadores. Este tipo de ambiciosos es tradicional en la historia china. «Todavía trece años después de la primera revolución—subraya el autor de estas páginas—, Sun Yat-sen observa la presencia de una decena de candidatos al título imperial en las filas de los revolucionarios. El padre de la China moderna afirma que, en las filas de cualquier partido chino, siempre habrá gente dispuesta a cortarse mutuamente la cabeza. Sun Yat-sen prevé para su país el malestar eterno del pueblo, una serie de catástrofes ininterrumpidas y luchas fratricidas sin fin.» En China, justamente, una constante de la evolución de sus estructuras socio-políticas ha sido la inclinación a la lucha por el poder. «En nuestra historia—leemos en las páginas de esta obra—, de época a época, siempre se ha luchado por el trono imperial. Todos los períodos, comprendiendo el presente siglo, se han comprometido en esta lucha por el trono. Los países extranjeros han hecho guerras religiosas o han luchado por la libertad. Desde hace miles de años, en China se ha hecho algo parecido bajo diversas máscaras: el de luchar por la libertad; sin embargo, mientras tanto, no se perseguía más que un solo fin: llegar a ser emperador.»

Otra de las constantes más notorias de la política exterior China es la referente a su riguroso exclusivismo, es decir, que la célebre muralla sigue todavía en pie. Sin embargo, pensamos, si se ha experimentado cierto giro en las relaciones internacionales. Así, por ejemplo, nos advierte Jean Marabini que, en los últimos tiempos, China ha nombrado nuevos embajadores en la URSS y en el bloque del Este europeo. Se han normalizado las relaciones entre Pekín y Belgrado, capital del «revisionismo mundial». Se han reanudado las negociaciones con la URSS sobre los problemas fronterizos. Y si en lo que concierne las relaciones entre Pekín y Moscú parece vano, en cuanto a una reconciliación inmediata, no será así si se tiene en cuenta la posibilidad de que los sucesores de Mao serán obligados a tener presentes el día de mañana ciertas realidades económicas.

China, naturalmente, no puede seguir viviendo en el más riguroso aislacionismo. Por eso, escribe Jean Marabini, «una vez abandonada la intransigencia ideológica de la Revolución Cultural, se reanudan las relaciones con el 'Tercer Mundo'. Al menos a título de gran potencia, si no en virtud de ser capital de la miseria. Delegaciones asiáticas y africanas comienzan a visitar de nuevo la capital china. En cambio, una que otra misión china visita al 'Tercer Mundo'. Poco a poco desaparecen las consecuencias provocadas por las exageraciones de la Revolución Cultural». Posiblemente, piensa el autor de este libro, las relaciones de la política exterior china experimentarán un notable giro cuando se verifique la sucesión del propio líder actualmente en el poder. Sucesión que, además—y ésta es una de las tesis más audaces que se aventuran en estas páginas—, puede concretarse en un asunto particular o familiar: «Es posible creer que la sucesión de Mao puede convertirse en un asunto de familia, y ante todo de Chiang Chin, el tercer personaje secreto del régimen. A la señora Mao, heredera de su marido, ¿no le parece esto insensato? Menos de lo que se piensa, conforme a que este personaje fuera de serie sale de la oscuridad. Al menos en Europa, ya que, para los chinos de la Revolución Cultural, Chiang Chin sigue siendo el número uno,

por haber eliminado sucesivamente a Liu Shao-shi y Lin Piao, maniobrando con Chou En-lai secretamente. Ahora bien—nos advierte el autor en otro lugar de su libro—, incluso admitiendo esta hipótesis, China no podrá aislarse respecto del extranjero.»

Ahora bien, igualmente se nos indica que, lejos de acercarse al Occidente, la desaparición de Mao y Chou puede llevar a China otra vez a la «familia socialista», como lo ha calculado la URSS con alguna razón. Las razones no son tanto de carácter ideológico. La izquierda mundial, haciendo sonar una vez más las trompetas del stalinismo, ha cometido, sin duda alguna, un error hace ya diez años respecto a la experiencia china, acusando a la URSS de sus decepciones y fracasos, concediéndoselo todo al maoísmo, por nostalgia, y por necesidad de disponer de un nuevo ídolo, hasta lo de ser guía del «marxismo integral y verdadero». Con la muerte de Mao, esta ilusión se disipará como la nieve bajo los efectos del sol. Por tanto, mientras que la era del culto a la personalidad de Mao toca a su fin, e incluso admitiendo que las aventuras dialécticas no hayan terminado aún, según lo afirma Simon Leys, las posibilidades de ver instituirse un verdadero poder rojo «independiente» en China no son todavía tan evidentes. Es posible preverlo todo, incluso que la unidad china se está descomponiendo.

Ahora bien, parece lógica la pregunta ¿qué ha significado la Revolución Cultural? Refiriéndose siempre a la Revolución Cultural, algunos se sorprenden de ser aceptada con menos entusiasmo en el campo que en las ciudades. Por cierto, es evidente que la Revolución Cultural no se ha desbordado en el campo, que representa el 90 por 100 del país, aunque sí haya también sufrido. Todos los testimonios concuerdan en este sentido. Desde 1958, y a partir de las comunas rurales, el campo chino apenas ha cambiado. Consecuentemente, la mejor respuesta adelantada respecto al porvenir de China es que es la China del campo, la China verdadera, que así será siempre. ¿Qué significa para esta China el maoísmo? Los campesinos se encuentran tan hundidos en la pobreza y en el miedo, que recitan a Mao siempre por temor, como antes Jourdain hacía con la prosa. No obstante, también para ellos Mao pasará a la historia como una tempestad. Tanto significa el viento para los hombres de la Tierra.

¿Qué ha significado, en verdad, el maoísmo? Para poder responder adecuadamente a esta pregunta, es menester hacernos otra, a saber: ¿Ha sido el maoísmo otra cosa que una técnica empírica para mejorar, con ayuda del terror, la condición campesina? Parece además intransferible e incomprensible. Ayer, hoy y durante mucho tiempo, el problema de China seguirá siendo el mismo. Se tratará de integrar un coloso a base de arcilla en el resto del mundo, con el fin de asegurar su supervivencia. Probablemente, nos asegura el autor de estas líneas, éste es el último mérito de Mao Tse-tung: el de haber reconocido este problema, aunque indirectamente, antes de morir. Esta es su tragedia: el no haber sabido ni podido resolverlo, exterminando, en cambio, más de cuarenta millones de personas, hecho que, más allá de Hitler y Stalin, le constituye en el más grande asesino de la humanidad.

El equipo mayor que acompaña a Mao en su difícil empresa política no ha hecho hasta el momento otra cosa que endulzar los oídos de la juventud china. Constantemente, la juventud es ganada para la causa maoísta por la descarada adulación a la que es sometida: «Sois la nueva generación revolucionaria—se les dice—. Sois guías de nuestra revolución. Nosotros, la vieja generación, somos conscientes de nuestra reti-

RECENSIONES

rada; en la medida en que nos retiramos o legamos nuestras tradiciones revolucionarias. El presidente Mao os deja China. Vosotros la gobernaréis. La lección de la Revolución Cultural es una gran lección. El Estado será vuestro...» Adulando, pues, vergonzosamente a su joven auditorio, especulando sobre su falta de experiencia y su afán de actividad, evocando su energía y su iniciativa, Chiang Chín suscita en ellos un falso sentimiento de su propia importancia, de su posición y de su papel. Los jóvenes del auditorio se van con la ilusión de la importancia histórica de sus actos. ¿Quién podría resistir una semejante lisonja?

Ciertamente, la juventud maoísta vive profundamente engañada, y en este hecho radica, cara al futuro, no poco peligro. Es obvio, sin embargo, que Mao y sus inmediatos colaboradores creen ciegamente en su buena estrella y en la veracidad, hasta el momento presente, de un extraño principio que los colaboradores de Mao ponen en práctica continuamente: «No hay que tener miedo de la confusión.» El propio Mao, en no pocas ocasiones, se muestra profundamente desconfiado de todo. En efecto, se ha dicho de él: «Mao no desconfía solamente de los intelectuales, sino también de toda la cultura tradicional china.» Por eso mismo, en la medida de lo posible, siempre ha procurado, entre otras muchas cosas, «la destrucción de la cultura tradicional china». Destrucción que, en cierto modo, se ha ido efectuando sistemáticamente. Así, por ejemplo, «la destrucción de la cultura tradicional china ha comenzado tras el incendio de bibliotecas y la mutilación de las obras de arte. Durante la Revolución Cultural, el régimen decidió destruir a los cuatro antiguos—cultura, ideas, costumbres y maneras de vivir—que comprendían las prácticas religiosas, los matrimonios y, en ciertos lugares, incluso los relicarios, que tanta importancia tienen para los chinos». Justamente, anunciaba la agencia «Nueva China» el día 25 de agosto de 1966, «por la tarde del 24 de agosto, el fuego revolucionario ha sido encendido en el Instituto Central de Artes para destruir las estatuas de los emperadores, generales, ministros, eruditos y bellezas, las imágenes de Buda y los nichos para las estatuas. Los estudiantes y los profesores revolucionarios dijeron: “Todo lo que hemos destruido no son sólo algunas esculturas, sino todo el mundo, viejo”». La continuidad de una tradición cultural tiene probablemente, más sentido en la aceptación china de la humanidad que en cualquier otra cultura. «Por tanto, no es nada extraño si un chino simpatizante del principio de Mao respecto a la nueva China se ha apartado en el sentimiento de que su régimen no es una solución global a los problemas de China; si lo fuera, la cultura ocuparía el sitio junto a la economía.» Es muy sintomático, nos ha advertido un autor, que, en efecto, en más de veinte años no haya sido publicada ni una sola obra literaria o artística de primer orden bajo la dirección política de Mao.

Que el pueblo chino no sabe, pues, lo que es la libertad es evidente. Así, por ejemplo, un autor tan poco sospechoso de partidismo como lo es Jean-Francois Revel, ha dicho, entre otras muchas cosas, que «la ‘espontaneidad’ del levantamiento de los guardias rojos, que parecía tan clara vista desde el Occidente, no era sino una apariencia. Nada es ni puede ser espontáneo en la China actual. Después, la verdadera significación política de la Revolución Cultural fue el haber sido, esencialmente, una depuración. La depuración de la clase de los tecnócratas y de su representante político, Liu Shao-shi, jefe nominal del Estado, que comenzaba a orientar a China hacia la productividad.

Y, en fin, este punto aclara el precedente: el papel del mesianismo revolucionario personal de Mao en esta operación es considerable.

Según la fórmula muy expresiva de Edward Behr, según advierte Jean-Francois Revel, el maoísmo es, a la vez, «romántico y puritano». Especie de Savonarola marxista. Mao considera el bienestar como desmovilizador y estima que China no debe buscar ninguna prosperidad material en tanto que los movimientos revolucionarios no hayan triunfado en todo el planeta. Por tanto, si sigue siendo estalinista por sus métodos de gobierno, no tiene de Stalin ni la obsesión de la producción ni la teoría del socialismo en un solo país.

Una de las grandes cualidades del libro que suscita el presente comentario estriba, a nuestro parecer, en venir a subrayar un hecho innegable, a saber: que Mao ha procurado a lo largo de su ya considerable periplo socio-político el eclipsar a cualquier otro líder chino que, de alguna manera, pudiera hacerle sombra. Así, por lo tanto, es harto elocuente el paralelismo que Marabini establece entre Liu y Mao: «Con mucha paciencia, Liu quiere abrir la vieja China al progreso, fundar un Estado en el que el individuo no es nada y la familia lo es todo. El comunismo es para él 'la electrificación más el poder de los soviets-comité'. En cambio, Mao quiere transformar al propio hombre. Uno preconiza la educación, la marcha lenta, y otro, la lucha contra el ángel, así como el terror. El primero piensa en las fábricas; el segundo, por el contrario, en los campesinos, en la juventud y en el Ejército. Liu se enfrenta con esta tarea colosal: transformar un país de setecientos millones de hombres en una nación socialista moderna, pero teniendo en cuenta las realidades chinas. Acepta el modelo leninista y soviético. Cuando es necesario, saber retroceder para volver a salir más seguro. La eficacia le importa más que las 'Cien Flores' del profeta inspirado.»

En definitiva, claramente se nos indica en estas páginas, Liu Shao-Chi ha sido uno de los pocos líderes que han podido o se han atrevido a criticar el programa maoísta en toda su amplitud. Ciertamente, refiriéndose a los acontecimientos de los años cincuenta en China, resulta que Liu critica duramente los tres temas del pensamiento maoísta que explican el «gran salto adelante»:

a) La fuerza de China reside en su propia miseria. China es una página blanca que se ofrece a la inspiración de Mao para que en ella caligrafe el poema de la Revolución.

b) El fervor revolucionario puede y debe superar por sí solo eficazmente el obstáculo de las cosas y transformar la materia.

c) La improvisación aldeana y el «trabajo indígena mal pagado» pueden y deben reemplazar los medios científicos, técnicos e industriales.

Todas estas críticas, en gran parte, precipitaron, naturalmente, la caída de Liu Shao-shi. Esta caída elevó a Lin Piao. Es curioso, además, que siendo Lin Piao un político nada mediocre haya sido sacrificado en aras del triunfo final de la propia Revolución Cultural. Mao ha roto así con uno de los lazos que, incluso, llegaron a poner en duda su propia fortaleza como caudillo independiente. Toda una serie de interrogantes de difícil contestación han quedado en el aire tras la misteriosa desaparición de Lin Piao —desaparición que constituye la gran jugada maestra del propio Mao—: ¿Ejerce Lin Piao en China realmente el poder? ¿Representa Mao el papel de agente cómodo que lo legaliza

todo? ¿No ha sido la Revolución Cultural tan sólo una fórmula china para llevar a cabo un golpe de Estado militar? ¿Acaso no es Lin tan sólo un instrumento de Mao que persigue el plan revolucionario preparado desde 1957-1958? La desaparición de Lin aclara, en parte, bastantes cosas. La purga de 1971 —la última por el momento— despeja todas las incógnitas.

En 1971 Lin coqueteaba visiblemente con el Ejército, e, igualmente, el Ejército con Lin: «Esta vez, subraya Jean Marabini, el Ejército se mueve cerca de Lin Piao, sólo que ya no posee poder ninguno. El anuncio de la llegada de Nixon pudo haber provocado una especie de revolución, pero el emperador es siempre el emperador. De un solo gesto hace callar a todos. La Unión Soviética es el enemigo principal y China debe buscar 'aliados ocasionales'. La *Bandera Roja* declara: 'La cuestión fundamental consiste en saber en quién apoyarse, a quién unirse y a quién atacar'. Ahora hay que apoyarse en los Estados Unidos.»

De todas maneras, cosa harto evidente —no en vano Lin Piao fue una especie de institución viviente—, los amigos del sutil líder han mostrado honda preocupación por su misteriosa ausencia. Justamente, por eso mismo, varios chinólogos observan que la última desaparición de Lin Piao recuerda la del «Che» Guevara hasta el momento de descubrirlo en Bolivia. Es cierto la popularidad de Lin Piao. Popularidad que le preservó, hasta 1972, de cualquier clase de ataque político. Ahora, sin embargo, Mao ha vuelto a esgrimir su más poderosa arma, a saber: la del empleo de la crítica «revisionista». China, por lo tanto, presenta, desde la perspectiva esencialmente política, el aspecto de una novela policíaca: «Dentro o fuera de China nos encontramos ante un misterio de novela policíaca. Así, por ejemplo, durante muchos meses Lin Piao ha permanecido 'oficialmente vivo'. Esta situación ha dado lugar a que millares de personas hayan tejido miles de historietas, lo mismo que en décadas pasadas ocurrió en Rusia con Rasputín o con el propio Trotsky. Consecuentemente, para justificar esa ausencia que ha tomado visos de ser definitiva, se habla de que Lin Piao intentó, cuando menos, tres veces asesinar a Mao.»

Resulta, además, enormemente singular el hecho de que Lin Piao tuviese una hija muchísimo más devota a Mao que a su propio padre, al que denunció al ver que conspiraba contra el salvador de China. Lin Piao, en todo caso, es ya una especie de ríto que se trata de silenciar por todos los medios. Lin Piao ya es sólo silencio.

Jean Marabini aborda en la segunda parte de su obra el examen de las relaciones políticas entre China y los Estados Unidos. No duda en calificarlas de manera profundamente sugestiva como «las negociaciones del siglo». Negociaciones, en todo caso, que no se remontan a una fecha muy lejana —dieciocho años poco significan en la política internacional—: «Las negociaciones chino-americanas, que para los estudiantes de Ciencias Políticas del año 2000 aparecerán como modelo *sui generis*, habrán durado dieciocho años. El asunto empieza el 25 de abril de 1955 por iniciativa china y por voluntad del primer ministro, Chou En-lai. Este las llevará a cabo en términos de su amo todavía con vida, dando así uno de los golpes más decisivos recibidos jamás por Rusia en el curso de su historia diplomática. Es en la conferencia afroasiática de Bandung donde el Talleyrand de Oriente anuncia una proposición que todavía no causa sensación: «El pueblo chino es amigo del pueblo americano. No quiere la guerra con los Estados Unidos. El Gobierno chino está dispuesto a entablar negociaciones con los Estados Unidos

para discutir la cuestión de una distensión en el Extremo Oriente, especialmente en el estrecho de Formosa.»

De todas formas, según el juicio de Jean Marabini, el presidente Mao accedió al establecimiento de negociaciones con los pueblos que constituyen los Estados Unidos por una radical razón, a saber: el hecho de que la política norteamericana ha experimentado un enorme giro con la llegada al poder de Nixon. En fin, China y los Estados Unidos se han puesto de acuerdo sobre lo esencial en el establecimiento de un equilibrio relativo. Las dos potencias han aprendido a respetar los compromisos de la otra parte: En Corea, en el estrecho de Formosa o en Indochina. Ni China ni los Estados Unidos desean un enfrentamiento directo. Se contentan con combatirse a través de terceros interpuestos.

Por cierto, subraya en otro lugar del libro Jean Marabini, Nixon sabe que la política exterior de China asocia, en gran medida, la violencia verbal y la prudencia en la acción: Desde hace dos años aproximadamente ha concedido, naturalmente, la prioridad a dos objetivos esenciales: evitar un conflicto mayor con la Unión Soviética o con los Estados Unidos; asimismo, reforzar su poderío. Si China ha lanzado un satélite, espera señalar al mundo que está a punto de incrementar su poderío en el dominio de los misiles para impresionar a los americanos y para disuadir a los soviéticos. Pero también por razones de política interior, con el fin de mantener la moral de la población. Ha continuado con experiencias nucleares subterráneas para borrar a la observación extranjera las huellas visibles y también para no provocar, de parte de los soviéticos, un ataque preventivo nuclear o clásico. No obstante, han sido reanudadas las negociaciones con la Unión Soviética, y los embajadores han sido cambiados para ganar el tiempo necesario. Las conversaciones de Varsovia con los Estados Unidos, llevadas a cabo de una manera intermitente, sirven a la China de medio de presión diplomática contra Moscú. La declaración del 10 de octubre de 1969, por la cual el Gobierno chino propuso a la Unión Soviética un arreglo pacífico en cuanto a los incidentes producidos en las fronteras chino-soviéticas, subrayaba el hecho según el cual las diferencias inconciliables de carácter ideológico no deberían impedir a China y a la Unión Soviética el mantenimiento de relaciones normales sobre la base de la coexistencia pacífica.

De todas formas es evidente que la diplomacia norteamericana comienza a darse cuenta de que las guerras hay que ganarlas emprendiendo formas bien distintas de las clásicas: los teóricos militares americanos piensan muy bien que, a partir de ahora, el fin de una guerra moderna no consiste en destruir al adversario como en los tiempos de Clausewitz, sino en ir poco a poco a la aceptación de una situación. En el conflicto entre el Ejército norteamericano y el norvietnamita de Giap, quien gana a pesar de sus pérdidas y de las derrotas, así como a pesar de todos los ingenios de destrucción concentrados, es el que se asegure el éxito político. Sin ello una victoria militar no sirve para nada. Los americanos siempre han buscado este objetivo. Sólo, muy bien nos lo dice Jean Marabini, que nunca lo han encontrado. Por el momento no les interesa otra cosa que contar en Saigón con un nuevo Gobierno que no permita ser controlado por los comunistas.

De todas formas, para ser sinceros, debemos afirmar que estamos en presencia de un extraño juego diplomático de carácter triangular—China, Estados Unidos y la Unión Soviética—. Justamente, leemos en este libro, el fin del mundo «bipolar» pasa por ese

RECENSIONES

nuevo juego diplomático que por primera vez se manifiesta en Vietnam. Es un hecho ya que mientras los soviéticos y los americanos se acercan recíprocamente, los vietnamitas lo hacen respecto de China, y a la inversa: cuando los chinos conversan con los americanos, Hanoi queda inamovible. Los chinos han querido imponer esta constatación, y lo han conseguido provisionalmente. En cuanto a los soviéticos, han comprendido en seguida el beneficio que podían sacar del juego de báscula triangular. A gran escala se puede ver este juego ya en Indochina y en el subcontinente indico. Los soviéticos pretenden demostrar a los americanos que los chinos son impotentes de hacer «perder la imagen a China». Para los rusos, contrariar el acercamiento chino-americano en el conjunto del continente asiático es como hacer patinar a Nixon en las próximas elecciones desprendiéndose de la «doctrina» Kissinger.

Los norteamericanos saben muy bien que Mao, en todo caso, no es de fiar en orden al establecimiento de unas relaciones internacionales. Mao está predispuesto siempre a la traición. Por eso se ha dicho, y no precisamente por el autor del libro que comentamos, que, efectivamente, «el viaje del presidente Nixon a Pekín constituye un tremendo error del que tendrá que responder ante la Historia. Nixon no ha podido oír ni escuchar más que aquello que los chinos continentales han querido que viese o escuchase. Su viaje ha defraudado a cuantos tenían fe en que todos los compromisos serían respetados y a los pueblos que en esta parte del mundo quieren seguir siendo libres. Por eso mismo, ha dicho el doctor Ku Cheng-kang (presidente de honor de la Liga Anticomunista de los pueblos asiáticos), que «salir ahora hablando de que el problema de China es algo que afecta únicamente a nosotros y que nosotros debemos resolver, parece inaudito. Porque Nixon sabe bien, como sabe todo el mundo, que no hay más que una China, que no existe más que un Gobierno legítimo de China y que ese Gobierno está provisionalmente instalado en Taipeh, en espera de poder saltar al continente para liberar a los hermanos que allí sufren la tiranía de Mao y de sus colaboradores. Jamás entablaremos relaciones con el enemigo. El peligro de que Pekín sea una amenaza para el mundo libre sigue en pie y no desaparecerá por el mero hecho de que los dirigentes norteamericanos crean ahora, contra lo que creyeron y proclamaron siempre, que tal peligro ha desaparecido».

Es obvio, y no es preciso detenernos excesivamente en este extremo, que «no hay posibilidad de diálogo entre el mundo libre y los dirigentes comunistas, que, una y otra vez, deliberadamente, ignoraron los compromisos que habían contraído. La historia es bien reciente para que pueda olvidarse». Podemos, pues, llegar a la siguiente conclusión: en China todo es enigmático. Por lo tanto, como muy bien ha dicho el doctor Ku Cheng-kang, «no creo que sea preciso recordar algo que todo el mundo sabe. La China roja rompió con el mundo entero, con la URSS, con sus vecinos y con sus propios aliados en el interior. Eliminó a los intelectuales, disolvió al Ejército, quiso imponer, contra viento y marea, su dictadura en todo el sureste asiático. Ni siquiera fue posible el entendimiento entre los que lucharon dentro del país por ejercer el predominio. Desaparecieron figuras que estaban llamadas a desempeñar las más altas magistraturas. Cuando todo resulta enigmático, cuando entre ellos mismos se ignora lo que ocurre, ¿qué puede esperarse de unos acuerdos que, como tantas otras veces, no serán más que simples conversaciones sin trascendencia, por lo que a los comunistas chinos atañe?»

No nos sorprende, pues; que se haya interpretado a la Revolución Cultural más como

un proceso conducente a constituirse en un simple acto de «depuración» que, por el contrario, en un proceso que tiene como meta un cambio o renovación de ideologías socio-políticas. Ciertamente, la Revolución Cultural significa, se ha dicho, la depuración de grandes cabezas del régimen, como Liu Shao-shí, presidente de la República; Peng Chen, alcalde de Pekín; Lo Jui-ching, jefe del Alto Estado Mayor del Ejército, etc. Los «guardias rojos» sirven a los grandes objetivos de Mao mientras se dedican, en las calles, a destrozarse las señales de circulación, testimonios de la degeneración occidental; o a luchar con los campesinos que se rebelan. El desviacionismo, el revisionismo, cualquier leve indicio de marcha hacia una «vía capitalista» son pulverizados en nombre del pensamiento de Mao.

En China, quiérase o no, impera una extraña fórmula democrática que resulta terriblemente difícil de entender. No deja de ser curioso, por ejemplo, que el propio Mao haya escrito las siguientes palabras—palabras que de por sí nos explican algunas de las sorprendentes razones de su política exterior (ese cumplir rara vez los compromisos contraídos)—: «Los problemas de carácter ideológico y los problemas de controversia en el seno del pueblo pueden resolverse únicamente por el método democrático, por medio de la discusión, la crítica, la persuasión y educación, y no por métodos coactivos o represivos.

Está fuera de duda que debemos criticar las ideas erróneas de toda índole. Por supuesto que es inadmisibles abstenerse de criticar las ideas equivocadas, contemplar con indiferencia cómo se difunden por todas partes y permitirles monopolizar el mercado. Todo error debe ser criticado... Sin embargo, la crítica no ha de ser dogmática; no hay que emplear el método metafísico, sino esforzarse por aplicar el método dialéctico. Lo que se necesita es análisis científico y argumentos convincentes.

Es necesario criticar los defectos del pueblo, pero al hacerlo debemos adoptar verdaderamente la posición del pueblo y hablar llenos del ardiente deseo de protegerlo y educarlo. Tratar a los camaradas como a enemigos es pasarse a la posición del enemigo.

La contradicción y la lucha son universales y absolutas, pero los métodos para resolver las contradicciones, esto es, la forma de lucha, varían según el carácter de las contradicciones. Algunas contradicciones tienen un carácter antagónico abierto, mientras otras no. De acuerdo con el desarrollo concreto de las cosas, algunas contradicciones, originalmente no antagónicas, se desarrollan y transforman en antagónicas, mientras otras, originalmente antagónicas, se desarrollan y transforman en no antagónicas.»

Es curioso que Mao, no obstante su probada inclinación a la violencia, ofrezca rasgos de sorprendente delicadeza espiritual. «Yo no conocí a Lenin. No hablé con Stalin—ha dicho un autor—. He oído en disco a Hitler y Roosevelt. Escuché hace años en el Capitolio de Washington a Kennedy antes que fuera presidente de USA. Estuve varias veces, solitario, en la plaza de San Pedro, en Roma, con los ojos clavados en la ventanita del tercer piso, donde asoma la blanca estampa del Papa. Creo entender algo de la oratoria y la fascinación a través de las palabras y los gestos. Mao es distinto. Es la finura, la delicadeza—de vidrio casi de la vieja China, sosteniendo un comunismo tenaz (más implacable que el de la URSS), pero con una dulzura que viene de Buda, bajando lentamente del brazo de Confucio y cruzando un sendero que tiene siglos de cultura. Cuando habla es un profesor, un maestro que recita una lección. No es racionalista como Lenin, ni histérico como Hitler. No tiene el brillo de Mussolini, ni la contagiosa

simpatía de Kennedy. No. Es justamente lo opuesto. Usa una técnica aliada al tiempo, al paisaje, al Más Allá; a las nubes lejanas, a los campos de arroz, al brillo de la malaquita, a los bosques de los abanicos, a los arcos dorados de las puertas infernales... Y ahí está justamente su peligrosa, su terca y lúcida fascinación.»

Con cuanto antecede parece conveniente el volver a recordar que, y esta es la tesis que Jean Marabini expone en las páginas finales de su libro, la lógica de la postura china en política exterior está marcada a partir de ahora más por Maquiavelo que por cualquier otro personaje. En relación con la táctica exterior conduce a adoptar la estrategia de las superpotencias. Desde hace muchos años Pekín teme más a Moscú y Tokio que a Washington. Nada sería más peligroso que un acuerdo entre la URSS y los Estados Unidos. Para los chinos, la «coexistencia pacífica» constituye una amenaza. Por otra parte, la postura china es radicalmente contraria a una política europea «del Atlántico hasta los Urales».

Existe, finalmente, una sugestiva pregunta que siembra la inquietud: ¿Quién manda realmente en China? Al parecer, piensa Jean Marabini, el auténtico líder es, sin duda, Chou En-lai: «¿Quién es, en realidad, y a partir de ese momento—el fin de la Revolución Cultural—, el verdadero dueño de China?» Según la opinión del propio Kissinger, la figura china del momento la constituye Chou En-lai. El hombre de piedra, el hombre que nunca duerme: ¿Quién es, en realidad, y a partir de ese momento, como ya hemos dicho, el verdadero dueño de China? Es infatigable. Kissinger discutió con él a veces diez horas sin descanso. Nixon, casi igual. No hay nada extraordinario en ello. Snow relata que una de sus conversaciones con Chou duró desde la cena hasta las siete de la mañana. Estaba agotado, y Chou, en cambio, fresco como una rosa. «Es preciso que le deje dormir», insinúa Snow «¿Dormir?—contesta el chino riéndose—. Voy a trabajar puesto que ya he dormido.» Antes de cenar se quedó durante algunos instantes con los ojos cerrados. «Chou En-lai no ha tenido vacaciones en diez años, excepto una semana.» Siempre ha procurado, nos dice Jean Marabini, evitar cuidadosamente el tener ambición de conseguir el poder personal. No es sino su suprema habilidad, que, en realidad, no dice gran cosa. En apariencia servidor de Mao, adulador de su esposa, cuando es necesario poner al servicio del poder nacional de China todo su genio.

De todas formas, y he aquí una de las conclusiones más sugestivas a la que llega el autor de estas páginas, Mao sigue siendo Mao. «Se ha dicho que el presidente Mao, ya desde 1959, elaboraba la estrategia de la Revolución Cultural y de las purgas que ésta implicaba.» ¿Piensa acaso Chou en que la Revolución Cultural está destinada a destruir su obra? Parece que la había aceptado por considerarla como «inevitable». Incluso ha logrado mantenerse a flote y hasta canalizarla. ¿Cómo habría podido provocarla en su calidad de pragmático, epicúreo frugal opuesto a todas las visiones místicas y delirantes? En cuanto a las negociaciones para crear un nuevo mundo y organizar un determinado frente unido contra la URSS, todo se debe, por parte china, a Chou En-lai. El «emperador» sigue por las nubes. Insiste en que China es China. Se muestra sensible en el homenaje de América, que viene a aportar su tributo. La visita de Nixon evoca a los chinos aquellas visitas de antaño, cuando otros soberanos venían a la corte de la Puerta Celeste en calidad de vasallos. Kissinger ha acertado al hablar de una China «siempre dominadora o sojuzgada», que no tiene experiencias en contactos entre compañeros iguales. Evocando a Sun Yat Sen, nada ha cambiado. El emperador sigue siendo

emperador. Esta vez es el jefe de la más rica nación del mundo quien se desplaza, afirmando que «va a cambiar el mundo». Chou así lo espera. No obstante, hay algo patético en la medida en que su destino depende, de repente, de esta afirmación. A pesar de ciertas críticas, la reacción de Moscú es prácticamente nula. Los soviéticos saben muy bien que los aliados de China, alarmados por el cambio brusco de sentido, así como los aliados de América, preocupados y pendientes de la amenaza que pesa sobre Chang, miran, desde ahora, hacia el Kremlin. También saben que pronto va a comenzar seriamente el juego entre soviéticos y americanos. Y de golpe, apenas calmados de sus fracasos y de su amor propio, los chinos corren el riesgo de descubrir sus límites y su papel, que bien podría precipitar el acercamiento entre Washington y Moscú. «Humillada» de esta manera, ¿cómo podría China, en este caso, reaccionar? Además, después de todo eso, ¿qué quedaría de Mao?

Otra cosa está bastante clara: que China necesita de la ayuda americana. Justamente, algo pasa entre Mao y Chou, afirma Jean Marabini, porque ya no están de acuerdo respecto a la línea definida como «oportunista». Sí, hay que volver al ejército clásico moderno. Así lo reclama la artillería después de la derrota sufrida ante los rusos el 13 de agosto de 1969 en la frontera chino-soviética. Según parece, la artillería rusa lo ha aplastado todo. Para forjar esta clase de ejército se necesita tiempo y la alianza de América. De esta manera, la URSS no se atreverá a atacar a China. Peor para los pequeños pueblos en guerrilla. Por el momento serán abandonados. Y en China las cosas son parecidas. Han sido eliminados «Liu Shao-shi y compañía», luego el turno le correspondió a Kang Ching, Chen Po-ta y a la mayoría de los militares de alto rango. Liu Shao-shi, el «moderado», soñaba con un partido a lo ruso; los demás, con un partido puro y «duro». Los dos bandos han sido destruidos por Chou En-lai, que veía, a la vez, el peligro de la moderación y de la intransigencia.

Sutilmente, ya en las postrimerías del libro de Jean Marabini, nos encontramos con unas páginas harto elocuentes. Concretamente las referentes a lo que denomina la «procesión de los traidores». Apelativo que ha recaído sobre todos aquellos que, de alguna manera, han tratado de meditar sobre los principios doctrinales soviéticos: «En el curso de la historia de la China Popular, todos esos hombres han seguido o defendido las posiciones soviéticas en un momento u otro. Algunos han sido acusados de 'revisiónismo', otros de 'oportunismo de izquierda'. Son dos etiquetas para localizar un mismo crimen: la intención de restablecer la armonía ideológica, política, económica y militar con la URSS. No hay por qué extrañarse sobre el editorial común a toda la prensa china del 30 de noviembre de 1971, en que se denuncia a 'los individuos que estaban de acuerdo con el extranjero' (según la traducción oficial francesa) o 'las personas que mantenían relaciones ilícitas con países extranjeros' (según la traducción oficial inglesa)...»

China, en definitiva, rompe la «armonía» bipolar que hasta el presente se mantenía firme: «El índice de desarrollo de las naciones es de gran importancia, pero no es suficiente como para garantizar la existencia de una nación incluso 'rica'. Se descubre cada vez más la solidaridad universal y que las revoluciones del Pacífico pueden llegar hasta nosotros. Las epidemias y la droga circulan muy de prisa entre Asia y Europa: un corte de los oleoductos en el Oriente Medio tiene su importancia hasta para el francés medio, que sólo se interesa por lo que hay en televisión o por las vacaciones. Podemos maldecir la alianza entre el comunismo y el nacionalismo torcido; sin embargo, existe en una

RECENSIONES

gran parte del planeta un hombre por dos que está enfermo y el otro sufre las consecuencias. Tampoco se excluye la posibilidad de acercarse más la sociedad soviética hacia nosotros que China. Mientras que después de la muerte de Stalin sale del estado de terror, China está metida en él más que nunca. Ha establecido con los Estados Unidos y con Europa ciertas normas de coexistencia, hasta cooperación, que han demostrado su eficacia. Además, en oposición a China, la Unión Soviética es realmente una de las dos superpotencias del globo. Asume las responsabilidades alejándose prudentemente de los caminos de la guerra caliente. No es tan seguro que en China, donde el poder está en malas manos, los dirigentes actuales o sus sucesores estén preocupados por evitarnos una tercera guerra mundial. Escogiendo a China contra la URSS, ¿no corre América el riesgo de poner en juego todo lo conseguido hasta ahora con tantas dificultades desde hace más de treinta años, y ante todo la paz? Todos esos problemas son muy angustiosos; aún más por limitarnos a valorar dentro de esta evolución, la parte de las preocupaciones puramente electorales de un equipo actualmente en el poder en Washington.»

Jean Marabini, por último, hace cumplida referencia de lo que considera la sutil teatralidad china: «En un estado de miseria todavía evidente, el pueblo chino es invitado diariamente a compartir ese delirio como víctima más o menos inconsciente de la más terrorífica paranoia de nuestra época. Asimismo recuerda ese público de los parques visitados por los señores Nixon no lejos de los monumentos Ming. Niñas riéndose saltan la cuerda, adornadas de cintas multicolores clavadas en sus bonitas trenzas. Sin embargo, apenas sale la pareja presidencial aparecen policías para recuperar las cintas, los juegos y los aparatos de radio. Las pequeñitas, asustadas, se van sin decir nada; lo mismo hacen los adultos, verdes de miedo. El teatro ha terminado. Así es China, así será por mucho tiempo: todo organizado hacia el trabajo forzado, a la movilización y a la guerra detrás de esa frágil pantalla de ilusiones. Frente a esa China, vías férreas de Siberia ven pasar convoyes uno tras otro. La paz ha vuelto a Europa y las mejores armas soviéticas afluyen a Mongolia, Kazakistán o Kirguizia. Se extienden, sobre todo, a lo largo del río Amur y de Manchuria, al norte del lado chino. Hasta 1980 China habrá reconstruido y reformado su ejército a cambio de enormes sacrificios. Entonces se verá frente a las armas soviéticas y asiáticas, igualmente reforzadas. Mañana la India corre el riesgo de afrontar abiertamente a China en su camino hacia la reunificación del país. En tal caso, no estará sola. ¿La gran guerra "clásica" entre China y la Unión Soviética completará la que ya existe y puede ser descartada todavía? Ya no se puede asegurar nada. Nadie puede estar seguro de que no degenerará en tercera guerra mundial, llevando a la miseria al mundo entero. A menos que hasta entonces la URSS y China hayan llegado, 'por la fuerza de las cosas' y debido al equilibrio nuclear, a volver a la situación de coexistencia pacífica entre sí, hasta a la colaboración conforme a su propio interés, claro está. Es posible, pero no probable en un futuro próximo.»

Nadie, pues, como Mao ha sabido crear mito tan sugestivo como el de hacer creer al propio pueblo que este es creador.

«Para el pueblo chino—ha señalado Juan Bosch— el 'pensamiento' de Mao Tse-tung, que se halla condensado en el Libro Rojo, es un resumen de todas las ideas marxistas probadas en la práctica diaria, tal como las llevó a cabo y las expresó Mao Tse-tung, dichas en un lenguaje simple y directo, que todos los chinos comprenden cabalmente,

RECENSIONES

porque es su propio lenguaje; es la esencia del marxismo trasladada al conocimiento del pueblo a través de sus actividades cotidianas. Ahora bien, en el 'pensamiento' de Mao Tse-tung, tal como lo ve y lo siente el pueblo chino, se pone un énfasis constante en el poder creador del pueblo y se le estimula página por página a hacer cosas nuevas, a no temer al fracaso, a convencerse de que no hay nada ni grande ni pequeño que él no pueda hacer. Es, por tanto, un acicate para liberar mental y emocionalmente a las masas, para darles fe en sí mismas y animarlas a investigar y crear por su cuenta. Es un estimulante que recorre a la gigantesca China todos los días, desde las escuelas infantiles hasta los cuarteles militares; una corriente que la sacude y la lleva a cumplir todos los planes antes de tiempo. Nunca antes en la historia se vio tanta gente probando cada día nuevas formas de actividad en todos los aspectos. Se equivocan los que piensan que se trata de imponer a un pueblo la imagen de un hombre. Es lo contrario. Se trata de hacer a un pueblo enorme consciente del poder incontrastable que tiene en sí mismo para crear un tipo nuevo de sociedad. Se trata, en fin, de convencer a los chinos de que ellos son libres en el sentido más profundo y cabal de la palabra.»

La «Revolución Cultural» terminó, se ha dicho, hace tres años. Sus dos grandes supervivientes fueron Chou En-lai y Lin Piao. El primero, cabeza del Gobierno chino desde 1949, primer año del triunfo del comunismo, y experto en relaciones internacionales, sabía que un día sonaría la hora en que su país saliera del aislamiento internacional. A su tenaz labor se debe, en gran parte, que la República Popular China se encuentre hoy representada en la Organización de las Naciones Unidas y que Richard Nixon, presidente de la nación que tendió cerco de hierro en torno al coloso amarillo, se acerque en estos momentos a la gran muralla, dispuesto a abrir una brecha para el diálogo. Un diálogo que, según todos los indicios, originó el levantamiento y la aniquilación del mariscal Lin Piao, heredero designado de Mao. Pero Mao y Chou En-lai son viejos artífices ambos del Gobierno revolucionario de Yenan. El futuro se acerca. A Mao le interesa que el partido comunista quede como dueño absoluto de la situación, por encima del Ejército. No sería de extrañar que Mao buscara en el mecanismo colegiado la fórmula de su sucesión. El tiempo dirá... —ha escrito una bellísima crónica periodística Miguel Torres en el diario ABC.

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

JOSEPH M. KIRSCHBAUM (Ed.): *Slovakia in the 19th & 20th Centuries*. Toronto, Ont., 1973, The Slovak World Congress, 368 pp.

La problemática centroeuropea sigue actualizándose en todos los frentes: por la Ostpolitik de la RFA, por la «apertura» soviética hacia el Oeste, por las Conferencias de Viena y Helsinki, también por la intensificación de contactos comerciales y técnicos entre Este y Oeste. Todo este proceso se realiza en virtud del principio de distensión internacional relegando al Centro y al Este de Europa a segundo plano, propiamente dicho; como si los pueblos de aquella zona estuvieran abandonados de antemano a la «benevolencia» del Kremlin. Mientras tanto, existen en Occidente amplios sectores

RECENSIONES

intelectuales y de la opinión pública que intentan aclarar los problemas pendientes antes de tomarse decisiones al ejemplo de Yalta o Postdam. Como en el presente caso.

Resultado de un ciclo de conferencias organizado del 17 al 18 de junio de 1971 en Toronto con motivo de la Asamblea General del Congreso Mundial Eslovaco, fundado en 1970 en Nueva York, la obra *Eslovaquia en los siglos XIX y XX* no se limita a Eslovaquia o a los eslovacos desde el punto de vista histórico, político, económico y cultural, sino que en su proyección incluye la colaboración de otros pueblos de la cuenca danubiana, especialmente la de los checos, polacos, magiares, austríacos, con la posibilidad de contar con los croatas y eslovenos, ucranianos y rumanos; dicha proyección gira en torno a un nuevo orden político y social que pudiera surgir en aquella región en condiciones de una colaboración internacional en forma de una federación y en relación con la integración paneuropea.

El Congreso Mundial Eslovaco no está bien visto por el actual régimen de Praga y Bratislava: su campaña propagandística contra el Congreso es desorbitante en las dos Repúblicas de la Federación checoslovaca, con el fin de influir en la opinión pública en el sentido negativo, que no tiene nada que ver con la función del mismo, que es: libertad nacional y política para Eslovaquia en una Europa libre y en condiciones de igualdad entre todos los pueblos, sean pequeños o grandes, medianos o poderosos. En este sentido se manifestó también la última Asamblea del Congreso, celebrada a finales de junio de 1973 en Chicago. La estructura misma de la obra lo evidencia:

- 1) «El desarrollo histórico en la filosofía eslovaca», de S. Polakovič y Ch. Murín.
- 2) «El problema eslovaco en el siglo XIX», de J. A. Mikús y J. Rekem; «Orígenes de Checo-Eslovaquia y los eslovacos», de S. Osusky y J. A. Mikús; «Eslovaquia en la Checo-Eslovaquia de antes de Munich, 1918-1938», de F. Vnuk; «El fondo político del origen de la República Eslovaca, 1938-1945», de F. Durcansky y F. Vnuk; «Eslovaquia después de la II Guerra Mundial», de E. Löbl, S. Glejdura y J. A. Mikús (aspecto económico); «Literatura y vida cultural», de I. Kružliak y M. Sprinc.
- 3) «Eslovaquia bajo los Habsburgos», del archiduque Roberto de Austria; «Relaciones eslovaco-magiares», de G. Perenyi-Lukacs, A. Grébert y J. M. Kirschbaum; «Relaciones eslovaco-polacas», de Th. Gromada; «Relaciones eslovaco-soviéticas, 1938-1971», de S. Glejdura y M. Ličko; «Incompatibilidades entre Estados nacionales y federalismo en el futuro centro europeo», de K. Glaser, J. A. Mikúč y J. M. Kirschbaum.
- 4) «Los eslovacos en extranjero y su postura hacia Eslovaquia», de J. Paučo y F. Braxator.

La bibliografía aportada por cada autor da fe de la objetividad de los trabajos aquí publicados; por si fuera poco, entre los veinte autores que participan con sus hondos estudios en el análisis del problema eslovaco y centro europeo, cuatro no son eslovacos: archiduque Roberto de Austria, politólogo y economista; Th. Gromada, polaco, profesor de Historia Moderna de la Europa Central en el Jersey City State College; K. Glaser, norteamericano, profesor de Gobierno en la Universidad de Illinois-Sur, y G. Perenyi-Lukacs, magiar, diplomático y actualmente profesor en la Universidad de Albany (Nueva York); los demás son eslovacos o de origen eslovaco. Se trata de un cuerpo orgánico de estudios que contribuyen al esclarecimiento de la problemática planteada,

RECENSIONES

y aunque algunos de ellos no coincidan por completo en el enjuiciamiento de ciertos hechos históricos o actuales, lo cierto es que existe entre todos el deseo de llegar a la constitución de un organismo auténticamente centroeuropeo de futura estructura política y social, claro está, sin el intervencionismo soviético. Los pueblos centroeuropeos siguen dando muestras de su voluntad de organizarse políticamente dentro de un organismo supranacional sin «ayuda» de la asfixiante fraternidad de los moscovitas.

No es una utopía lo que se plasma a través de la presente obra: Eslovaquia y toda la cuenca danubiana luchan, a veces por contradicciones un tanto incomprensibles, por la emancipación respecto de cualquier dominio exterior en dos frentes: en el país patrio, por un lado, y en el extranjero, mediante su nutrida emigración de cien años, por otro. Es cierto, durante las dos guerras mundiales, las grandes potencias occidentales reconocieron a los líderes de varios países de aquella región como representantes de sus respectivos pueblos en virtud del derecho de autodeterminación de los pueblos, cuando éstos no podían expresar su voluntad de vivir sin tutelas por estar sometidos a un régimen extranjero.

Eslovaquia no es una excepción: sus tradiciones siempre desempeñaban un papel importante en sus esfuerzos de liberación; primero, frente a los magiares; luego, contra los checos. La federalización de Checoslovaquia en 1968 es como fruto de una larga marcha hacia la realización de la autodeterminación, sólo que no es un fruto maduro, puesto que el objetivo final es libertad y democracia fuera de la órbita comunista. La emigración en el mundo libre, principalmente en los Estados Unidos y Canadá, es el protagonista muy destacado de dichos esfuerzos. Su consigna *freedom, democracy and independence for Slovakia* es conocida por todos los presidentes estadounidenses, sobre todo de los últimos sesenta-setenta años. A pesar del «socialismo con faz humana», de su compatriota A. Dubček, los eslovacos no veían la necesidad de convertirse en comunistas para respaldar, prudentemente, su política por considerarla como uno de los caminos hacia la plena realización del derecho de autodeterminación; por el momento, defienden el dualismo checo-eslovaco, ya que constituiría un paso más hacia la independencia del país como Estado soberano y sujeto del Derecho internacional. La última corriente de emigrados eslovacos, la llamada postagosto, 1968-69, también se identifica con la filosofía política de las migraciones anteriores.

Es interesante: varias generaciones y corrientes del pensamiento político y nacional se han citado en el seno del Congreso Mundial Eslovaco y en las páginas de esta magnífica obra, cuya preparación y edición corre a cargo de J. M. Kirschbaum, y que ofrece una confrontación científica sobre el pasado y el presente de Eslovaquia dentro del conjunto de los pueblos centroeuropeos. El nacionalismo es concebido como factor integrante del internacionalismo democrático, como factor positivo para la colaboración internacional en condiciones de libertad y progreso—en contra de los fines del comunismo.

S. GLEJDURA